

La hipocresía de las estatuas y otros relatos perturbadores

La hipocresía de las estatuas
y otros relatos perturbadores
Juan Serrano Cazorla

JSC Editor

Copyright © Del texto: Juan Serrano Cazorla, 2016

www.juanserranocazorla.com

Todos los derechos reservados

Copyright © Imagen de portada: captblack76-Fotolia.com

1ª Edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-608-5314-5

Impreso por Createspace

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra.

Índice

La hipocresía de las estatuas	13
El refugio	33
La confesión	49
La luz y la sombra	67
La intrusa	101
La belleza de las fiebres	139
La enfermedad	163
Muchedumbre	205

A mi madre y mi hermano.

La hipocresía de las estatuas

Todos somos purificados, en algún momento de esta vida de hipocresías, por el poder blanco y sutil del escarmiento. El que desplegó sobre mí sus artes arcanas no fue, ni mucho menos, ordinario, pues quebrantó las leyes de la realidad y logró confundirme mediante sus espejismos verosímiles. El impacto que recibí, potente y certero como un rayo, desmoronó mi vanidad y me convirtió en lo que soy hoy en día: un honrado y ejemplar padre de familia.

Mi conversión se la debo a la moradora de la finca más fastuosa del distrito en el que yo vivía por entonces. Se trataba de una finca que, debido a su elevado precio, había permanecido vacía durante mucho tiempo. Pero, un buen día, aquella lujosa mansión fue ocupada por una hermosa y enigmática mujer a la que, por razones inextricables, jamás se vio en público. Aquella inmaculada mujer cuyo recuerdo me perseguirá a lo largo de toda mi vida se anunciaba en la sección de contactos de varios periódicos. En estos anuncios se presentaba como una mujer joven, hermosa, soltera y adinerada que deseaba conocer a hombres íntegros que creyeran en la unión indisoluble del matrimonio y desearan formar una familia; a todos estos hombres los instaba a hacerle una primera visita de cortesía.

Como suele ocurrir con la mayoría de personajes extravagantes, desde que se publicaron los primeros anuncios y aparecieron los primeros rumores sobre la existencia de la nueva propietaria de la finca, se fue elaborando en torno a ella un estrambótico y controvertido relato: a pesar de que la gente recelaba de la magnificencia física que esta misteriosa mujer se había atribuido, los testimonios de los hombres que la habían visitado (pues no aceptaba las visitas de personas de su mismo sexo) la constataban como mujer real y tangible, mujer de tez nívea, de facciones simétricas y afiladas, mujer de lechosa belleza. Al parecer, según los testimonios de aquellos hombres que, por lo visto, se consideraban personas íntegras y formales, la solicitada mujer tenía, en uno de los inmensos salones de su mansión, una copiosa colección de hombres petrificados —estatuas varoniles es el sintagma más apropiado—; una colección que cada varón aspirante a provocar el amor o el deseo sexual en aquella hembra joven, hermosa y solitaria consideraba más amplia, en un número, que el inmediatamente anterior (por lo visto, en presencia de sus pretendientes, ella siempre hacía referencia al número exacto de estatuas que tenía). Y el caso es que todos y cada uno de los hombres que acudían a la mansión salían de ésta con el gesto de la cara circunspecto, los hombros caídos, la mirada extraviada, como si hubiesen perdido el alma en una sucesión de extenuantes fornicaciones, como si el lechoso cuerpo de aquella mujer les hubiese sustraído la vitalidad. Incluso algunos de sus allegados habían llegado a asegurar que, después de aquella visita, ya no eran los mismos. Pero aquellos hombres no habían

desfogado su pasión sobre las carnes de la propietaria de la mansión. Aquellos hombres vanidosos (el hombre es vanidoso por naturaleza) habían salido de la mansión con las manos vacías. Eso, al menos, era lo que creía la gente (también yo por entonces). Sin embargo, nunca sus manos habían estado tan llenas.

Tantas eran, en fin, las promesas de belleza que albergaba aquella finca presidida por dos columnas de mármol, tanta era la curiosidad que en mí despertaba el femenino misterio, que, un buen día, me planteé la posibilidad de engrandecer, con una incursión a aquella madriguera a las que las mujeres no tenían acceso, la fama de galán irresistible que me habían adjudicado mis conocidos (esos buitres disciplinados que me utilizaban como reclamo en las discotecas y que, después de sobrevolar el círculo que delimitaba mis conquistas, se lanzaban en picado a rapiñar las sobras). Me lo tomé, pues, como un reto personal: el desapego de una mujer bella y la gran acumulación de derrotas masculinas eran factores que constituían para mí un acicate y que, por tanto, en lugar de arredrarme, me envalentonaban. Así que, antes de pasar a la acción, seleccioné a uno de mis amigos –al más elocuente e impresionante– para que se encargara de divulgar mi hazaña (tan seguro estaba de mi victoria sobre aquella mujer hospitalaria pero suspicaz y displicente) y de hiperbolizar la magnitud de mi conquista. Y es que por aquellos tiempos yo pensaba que, después de haber erosionado los muslos de una mujer, no había mayor placer que el de la divulgación. Mi elección recayó sobre el bueno de Ernesto, amigo íntimo de la infancia. Recuerdo nuestra conversa-

ción en el Café Sevillano como si la hubiéramos mantenido ayer:

—¿Y si es verdad y está tan buena como dicen? Vamos, digo yo que no tengo nada que perder.

—Pero, tío, si no se le ha visto nunca el pelo... Lo único que tenemos son unos anuncios en algunos periódicos. Seguro que se trata de una vieja convaleciente que necesita compañía.

—No es eso lo que se dice por ahí.

—Tú hazme caso.

—Pero, macho, piensa un poco. ¿Qué provecho iban a sacar los hombres que la han visitado de semejante historia?

—Pues dinero. La vieja se sentirá sola y habrá montado ese rollo de las estatuas y de la tía buena para que no dejen de visitarla. Después les unta la mano a los que lo hacen para que lo vayan divulgando y ya está. Es de cajón.

—No creo, tío. Eso es demasiado peliculero. Mira, tiene que tratarse de una mujer joven, madurita, como mucho, porque las viejas convalecientes, como tú dices, necesitan, y muy especialmente las que tienen pasta, de un séquito de criados que vaya detrás limpiándoles la mierda. ¿Y has visto tú acaso tanto movimiento alrededor de la casa? ¿A que no? Pues ya está —argumenté—. Pero vamos, podemos apostar. Qué te juegas a que, si está de buen ver, me la paso por la piedra en menos de una semana. A tu hermana, por ejemplo. Mira, si pierdo, te lío a la morena aquella de las tetas perfectas; tú tranquilo,

es una cachonda. Ahora bien, si gano, me apañas una cita con tu hermana. ¿Qué te parece?

—¡Serás cerdo! ¡Olvídate de mi hermana de una puñetera vez, ¿vale?!

—Era una broma, macho. ¡Cómo te pones por nada!

—¡Ni bromas ni hostias, joder! Me importa un carajo que vayas de crack con las tías y que, encima, ellas se dejen chulear. Allá con tu conciencia. Pero a mi hermana quítatela de la cabeza, ¿entendido? ¡Es que eres la hostia, coño; ahora te ha dado por las jovencitas! Una cosa te digo: no me importaría que los rumores fueran ciertos y que te dieran una buena lección en esa mansión. Así se te bajarían un poco los humos.

—Para, para, no me vengas ahora con pamplinas. Mira, desengáñate, las tías solo sirven para follárselas y para sacarles la pasta; eso si la tienen, claro. Y la de la mansión, como esté potente, terminará comiendo de mi mano. No ha nacido aún la mujer que se me resista. ¿Cuántas veces os lo he demostrado a todos, eh?

—La verdad, no sé cómo sigo siendo tu amigo. Eres incorregible —me reprendió Ernesto—. Vamos a ver, suponiendo que se trate de una mujer joven, atractiva y todo lo demás, qué vas a hacer, entrar allí como Pedro por su casa y decirle, eso sí, muy educadamente: «Señora, ¿le importaría tumbarse en el sofá, bajarse las bragas y abrirse de piernas hasta que le crujan los huesos?». ¡No me jodas, tío!

—Me encanta tu sarcasmo. Pero ya conoces mi estrategia: un ramo de flores, una conversación íntima, una

buena dosis de cursilería, una mano en el pelo, una caricia en la mejilla... Es muy fácil.

—Ya, ya, será que no te he visto en acción, sinvergüenza. Pero me parece que, en esta ocasión, te va a salir el tiro por la culata. A no ser que no te importe tirarte a una yaya...

Quedé con Ernesto al día siguiente, a las puertas del Café Sevillano, para que me llevara en su coche hasta la finca y, de este modo, fuera testigo de mi presuntuosa entrada (un ceñido traje azul marino dibujaba los atléticos contornos de mi cuerpo; mi mano derecha sostenía con delicadeza un ramillete de rosas rubias que era el regalo que yo pensaba entregarle a mi víctima para agradecerle su hospitalidad). Cuando llegamos a la mansión, piqué al timbre y, para mi sorpresa, contestó por el interfono una voz de hombre, ruda pero servicial:

—Residencia de la señorita Aurora Montesinos, ¿qué desea?

Respondí con contundencia:

—Buenos días. Me llamo Sergio Ortiz. Traigo un obsequio para la señorita.

—Adelante. A la señorita le encantan los obsequios.

Las verjas –cardumen de lanzas afiladas– se abrieron automáticamente, emitiendo un murmullo subacuático.

El guiño maquiavélico de mi ojo derecho (no sabía ni sé guiñar el izquierdo), mis andares refinados y la sonrisa arrogante que esbozaron mis labios arrancaron un comentario despectivo de la boca de Ernesto. Yo, ignorándolo, me adentré en los jardines; y Ernesto, como habíamos acordado, se metió en su coche a leer el periódico, en

espera de que yo regresara circundado por la aureola de la derrota. Llegué a la escalinata de la mansión, presidida por dos columnas blancas y rotundas, de la mano de un agradable efluvio de fragancias entremezcladas. Cuando ya pisaba el quinto escalón, tan cristalino que daba reparo hollarlo, la mueca obtusa de un semblante diezmado por las arrugas asomó por la puerta entreabierta, brindándome el paso con una reverencia decimonónica:

—Sígame, por favor —me pidió el mayordomo.

En cuanto crucé el umbral, me vi hostigado por una exacerbada blancura que colapsaba mis retinas desde todos los lados. Imaginemos un desierto de nieve. La mera representación de esa imagen ya ciega, ¿verdad? Pues así me cegaba aquella blancura omnímota que expelía destellos incoloros que zarandeaban mi cabeza y confundían mi capacidad para determinar las proporciones de los objetos. Me topé con el traje blanco del mayordomo, con las blancas paredes, con el mobiliario blanco, con las blancas alfombras, con los cuadros blancos y las blancas figuras en ellos retratadas. Y, de repente, tras una esquina igualmente blanca, contemplé un cuerpo embutido en una túnica transparente, la cual dejaba entrever la piel pálida de la anfitriona de aquella casa (ante aquel excéntrico panorama, me temí que aquella mujer fuera una perturbada. Pero yo no desdeñaba a las perturbadas hermosas). Su rostro era dulce y albar. Entre sus brazos, el ramo de rosas amarillas que le entregué parecía una prolongación de la cabellera que se precipitaba por su pecho.

—Son preciosas, joven. —Me chocó la aspereza de su voz y, muy especialmente, que me considerara joven, pues

su rostro era precisamente el espejo de la eterna adolescencia: parecía el de una mujer de quince años. Además, las palabras y el tono de voz mediante los cuales me agradeció el obsequio no concordaban con su aparente juventud—: Muchas gracias. ¿A qué se debe tanta cortesía?

—Tenía muchas ganas de conocerla —le contesté, ocultando mi hipocresía bajo el disfraz de Príncipe Azul. Entretanto, el mayordomo reía socarronamente—. He oído hablar mucho de usted. Aunque ya veo que es más guapa de lo que se rumorea.

—Son bien recibidas sus lisonjas —me dijo; y, al mayordomo—: Está bien, Bernardino, puedes retirarte.

—Como mande la señorita —obedeció éste.

Y el mayordomo se perdió por un largo pasillo, confundiendo con el suelo y las paredes de la mansión.

—Bien, ahora que estamos solos, no voy a andarme con rodeos. Dígame, ¿no será usted otro de esos seductores de pacotilla que a menudo me visitan?

—¿Cómo? —titubeé. Afortunadamente, supe reaccionar a tiempo—: Bueno, yo, como solicitaba usted en el anuncio, solo he venido a conocerla. Ahora bien, nada me gustaría más que lograr seducirla. Para qué nos vamos a engañar.

—Me parece bien. Pero sepa usted, antes de nada, que yo no suelo dejarme engañar por las apariencias. —Me tendió la mano, una mano translúcida, y entonces yo, envalentonado, no pude dejar de besársela—. Se llamaba usted Sergio, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, Sergio. Parece usted un hombre educado. Dice que ha venido a conocerme.

—Qué remedio. Como no sale de su casa... ¿Acaso está enferma?

—Tranquilo, Sergio —me dijo, haciendo hincapié, melosamente, en el vocativo—. ¿No es evidente que estoy en perfectas condiciones?

—Oh sí, desde luego. Y qué me dice de su familia, ¿tampoco sale? ¿O es que vive sola?

—¿Familia? No. La perdí hace mucho tiempo.

—Vamos, ¿se burla de mí? Usted es una mujer joven. No hará tanto tiempo. Y, en cualquier caso, algo de familia le quedará, aunque sea lejana, ¿no? —Supuse que, con aquellas frases enigmáticas, aquella mujer pretendía confundirme para que yo cometiera algún error que me desacreditara. Pero yo era un actor consumado—. Dígame, ¿hace mucho que se ha trasladado a esta mansión?

—No siga por ese camino, por favor. No quiera saber más de la cuenta. Confórmese con lo que yo estime oportuno contarle —me atajó.

—Perdone. Solo trataba de romper el hielo.

—Ya. Como todos. Mire, voy a serle sincera: hace ya mucho tiempo que estoy buscando un hombre franco, fiel, cariñoso, con el que compartir mi vida y mi fortuna. Pero no es nada fácil, ¿sabe?; todos intentan llevarme a la cama o van en busca de mi dinero. No hay manera de dar con uno que no esté cortado por el mismo patrón.

Supe inmediatamente que no la poseería el primer día; es más, presentí que el plazo que yo me había impuesto para conseguirlo sería, probablemente, demasiado corto.

Sin embargo, ni me di por vencido ni me dejé arredrar por la inesperada contundencia de aquella mujer:

—Lo dice por los hombres que la visitan, ¿verdad?

—Ajá.

—Y claro, no cree que yo sea una excepción. Bueno, ya que ha sacado usted el tema, le diré que yo no me acuesto con una mujer si no ha habido antes una relación afectiva; una relación seria, vamos. Y, en cuanto al dinero, me trae sin cuidado. —Tuve que mentirle, ya que, ahora que conocía a Aurora personalmente, deseaba hacerla mía a toda costa, deseaba revolcarme sobre aquella piel tersa y blanca, aunque para ello tuviera que emplear todo mi tiempo, todos mis esfuerzos.

—Perdóneme. No pretendía ofenderlo. —Me cogió de la mano—. Venga, voy a enseñarle mi colección de esculturas.

Al recibir el tacto esponjoso y trémulo de su mano, al inhalar la vaharada de su aliento de macedonia, deambuló por mi cabeza la tentación del estupro, que me incitaba a despojarla de su ropa allí mismo, sin su previo consentimiento (yo era una persona vil, lo reconozco). Pero finalmente logré controlar mis instintos.

Llegamos, agarrados aún de la mano, a la famosa sala de las estatuas, las cuales, situadas a un metro de distancia las unas de las otras, estaban distribuidas en filas horizontales. Era una estancia insondable, inabarcable, infinita: tras la última fila de estatuas, se prolongaba el espacio sin un final aparente. Resolví que debía de tratarse de un efecto óptico provocado por la conjunción del color

blanco de las paredes y el color negro de aquellas estatuas masculinas.

—¿No le parecen preciosas?

—Bueno, no sé qué decirle. —Aurora debió de notar el agarrotamiento de mi mano, porque me la soltó—. Son un poco extrañas. Dígame una cosa, ¿por qué es todo tan blanco en esta casa? Y estas esculturas, ¿por qué son negras precisamente? ¿Hay alguna razón en especial? He de reconocer que todo esto me tiene muy desorientado y, por qué negarlo, también un poco acojonado, si me permite el exabrupto.

—Estas estatuas de piedra son negras porque crecen con la hipocresía —me contestó, penetrando mis ojos con sus pupilas azules.

—¿Qué?

—Déjelo, no lo entendería. ¿Quiere ver algunas de cerca? Tengo doscientas cuarenta en total.

—Me encantaría. ¿Las esculpe usted misma?

—No exactamente; bueno, sí, digamos que sí —vaciló Aurora—. Acérquese, por favor. Vamos a dar un paseo. —Se aferró a mi brazo.

Ni era ni soy un experto en esculturas, pero puedo garantizar que el cincelado de aquellas figuras rozaba la perfección; sus rostros conservaban la estupefacción póstuma de las personas que han visto la cara de su asesino; rostros algunos que, sin saber determinar el porqué, me resultaban familiares. Había, en efecto, doscientas cuarenta estatuas sin alma que yo observé con detenimiento, con un pavor injustificado que la meliflua Aurora detectó en la rigidez de mi brazo. Sinceramente, no he

vuelto a sentir un terror tan puro, tan improcedente, como el que me asaltó durante aquel par de horas. Por lo visto, aquella dilatada visita artística era, para Aurora, una forma de poner a prueba a sus pretendientes.

Cuando aquel calvario llegó a su fin, regresamos al vestíbulo donde Aurora me había recibido. Allí me lanzó varias interpelaciones enigmáticas:

—¿Le han leído alguna vez el futuro?

—¿El futuro? Pues no.

—Supongo que no le importará que yo lo haga.

—Ah, ¿es que tira las cartas? No me diga que le atraen esas cosas.

—Pues sí. Es que soy un poco bruja. Qué me dice, ¿se anima?

—Venga, por qué no —accedí.

—Le leeré las manos. Seguro que prefiere la Quiromancia a la Cartomancia.

—Mujer, si me trata con delicadeza...

Aurora, con un gritito que, por su levedad, algunos describirían como un susurro, reclamó la presencia de su mayordomo:

—Bernardino.

Aquél reapareció, inmediatamente, por mi flanco derecho, como si, en un vuelo rasante y vertiginoso, hubiera atravesado buena parte de las paredes blancas de aquella mansión.

—¿Qué desea la señorita?

—Prepáranos una infusión de hierbas a cada uno. Que estén listas dentro de media hora.

—Como quiera la señorita —dijo el mayordomo, que se perdió por uno de los pasillos mientras el eco nos transmitía, lacerante, su risa socarrona.

Entonces Aurora, aferrada de nuevo a mi brazo, me condujo a una nave anexa al edificio principal: atravesamos un pequeño patio al aire libre que acogía un lago elíptico en su centro. Ascendimos por una escalera de caracol y nos detuvimos en la primera planta. Tras atravesar un estrecho pasillo, nos adentramos en una estancia consagrada a la alquimia (aunque en ese momento yo aún no lo sabía): el color blanco omnipresente en toda la mansión, para consuelo de mis ojos ya casi albinos, no se había extendido por aquellas cuatro paredes repletas de estanterías; en éstas, recipientes con inscripciones abstrusas dejaban escapar, por las fisuras de sus tapaderas, los miasmas que desprendían los ungüentos que había en su interior; en el epicentro de la habitación, había una mesa octogonal acompañada por dos alambicadas sillas de madera; en la superficie de la mesa, una lamparilla de gas creaba un círculo de luz en torno a un libro tosco y amarillento, labrado con inscripciones también ilegibles. Aurora me invitó a tomar asiento. A continuación, reguló la potencia de la lamparilla hasta que el círculo de luz cubrió toda la mesa, a excepción de sus ocho vértices.

—Qué mal huele, ¿no? —le comenté a Aurora.

—Lo siento. Son los potingues. Todo esto es la herencia de mis ancestros.

—¿Este libro también?

—Ajá. Lo escribió un antepasado mío que fue un archiconocido brujo en su época.

—¡Vaya, debe de valer una fortuna!

—No crea. Bueno, ¿me deja su mano derecha?

—Cómo no...

Aurora me acarició la palma de la mano con la yema de su dedo índice.

—Esto es muy interesante... Tiene un Monte de Venus bastante pronunciado.

De súbito, Aurora detuvo su dedo en el epicentro de mi mano y exclamó:

—¡Vaya, quién lo diría! Parece ser que contraerá matrimonio en breve...

Y no andaba Aurora equivocada, porque, en efecto, acabamos los dos en la vicaría. Pero esto requiere una explicación pormenorizada:

Tras aquella velada inicial en la que Aurora me leyó las líneas de la mano, vinieron otras muchas, cada una de ellas más apasionada que la anterior; veladas maravillosas que morían con el ocaso de los días. A medida que mis visitas se sucedieron y fue creciendo la devoción que Aurora sentía por mí, se fue disolviendo, asimismo, el lujurioso deseo que me llevó a perseverar en la conquista de aquella extraña mujer. Y, sobre las cenizas de aquel deseo, creció un sentimiento inédito en mi dilatada relación con las mujeres: el amor; mejor dicho, un sucedáneo de este sentimiento universal, pues he de reconocer que la belleza y la personalidad de Aurora me atraían tanto como su fortuna. Mi atractivo físico y mi impecable comportamiento sirvieron de máscara a ese amor no del todo puro durante el cortejo preliminar, tras el cual aquella mujer pálida y bella, enigmática y selectiva, se rindió a mis pies

como todas las mujeres lo habían hecho hasta la fecha. No obstante, es cierto que, en primera instancia, me resultó costoso tallar la reticencia diamantina de Aurora; cierto es que ésta me sometió a un escrupuloso examen, que empleó sutiles argucias para tratar de desacreditarme. Pero por encima de todos sus obstáculos tejió, mi capacidad afectiva —y sobre todo la interpretativa—, una red de seducción que, un buen día, la hizo claudicar, claudicar como todas las mujeres claudican ante un hombre atractivo: se aferró a mi cuello y, apasionadamente, me dijo que me quería tanto como a su propia vida.

Así que, como muy bien había predicho Aurora, transcurridos dos meses desde nuestro primer encuentro, decidimos casarnos, noticia que Ernesto, estupefacto, se ocupó de difundir por todo el vecindario, confirmando definitivamente la existencia de aquella etérea dama blanca que se convirtió en mi esposa en una recóndita capilla de París (fue un capricho suyo). Una esposa enamoradísima que accedió, con ese brillo ingenuo en los ojos que tienen las desposadas, a todas mis disposiciones. Para empezar, me encargué de dismantelar —echando mano de un dinero que aún no era enteramente mío— aquel opresivo color blanco que colonizaba nuestra mansión; lo sustituí por una armoniosa gradación de colores que brillaban sobre las paredes y sobre un nuevo mobiliario. Aurora no me puso pega, pues mis besos, mis caricias, las dulces palabras que yo le susurraba al oído la encandilaban. Por tanto, fui modificando la estructura de nuestro hogar a mi antojo, como si ya fuera exclusivamente mío y, Aurora, un apéndice de aquella casa que acataba todas mis órde-

nes. ¿No consiste acaso el matrimonio en la sumisión de uno —el más débil o enamorado— al dictamen del otro?

En cuanto a nuestra vida pública, era estrictamente exhibicionista: nos paseábamos, agarrados de la cintura, por toda la vecindad, Aurora propagando su felicidad y yo ostentando mi trofeo, ante los cuchicheos de las mujeres y la mirada crispada de los hombres. Éramos la pareja más emblemática, la más notoria de aquel barrio residencial de pequeños burgueses; y yo, en concreto, un hombre que despertaba la envidia de todos los de mi sexo, tanto solteros como casados. Sí, he de reconocer que fue una temporada de absoluta armonía y felicidad para ambos.

Sin embargo, cuando ya habían transcurrido dos años desde nuestro enlace, mi inclusión en el testamento de Aurora como único beneficiario coincidió con el incipiente decaimiento de mis sentimientos, erosionados por la monotonía que a la larga toda relación impone y, en buena medida, por el lastre de la poligamia, a la que dejé de rendir pleitesía el mismo día en que le entregué a Aurora el anillo de compromiso. Estos dos componentes, diluidos en el tubo de ensayo de nuestro matrimonio, desencadenaron la crisis de nuestra relación. Yo empecé a experimentar una especie de apatía cuando Aurora me entregaba su cuerpo, pues ya eran demasiadas las veces en que yo lo había recorrido con mis manos de ávido explorador; ya eran demasiadas las veces en que había saboreado sus senos, sus hombros, sus caderas, sus tobillos, su piel de musa renacentista con mi lengua aventurera pero hastiada ya de un continente femenino sobradamente explorado, del cual se habían desenterrado todos los tesoros. La pasión

de Aurora, sin embargo, permanecía intacta. Pero ni su ternura ni su amor ciego lograron disuadirme del distanciamiento: comencé a ir con prostitutas, en cuyos cuerpos dispares saciaba mi apetito de diversidad y me resarcía de la monotonía; más adelante, frecuenté mis ambientes nocturnos de soltería y entablé relaciones esporádicas con mujeres de toda índole (pero siempre hermosas). De este modo, llegó un momento en que las comodidades que mullían mi vida era lo único que seguía atándome a Aurora. Todo esto, imagino, infidelidades incluidas, lo sospechaba ella; aunque sabía disimularlo muy bien, ya que, en lugar de retirarme su afecto, perseveraba en su intento de reconquistarme (así de enfermizo es el amor). De manera que, como toda mujer desesperada haría, tejíó la estrategia idónea para hacerme volver a sus brazos: me manifestó claramente su deseo de tener un hijo. Yo, por supuesto, me negué rotundamente, y creí el tema zanjado. Pero mayúscula fue mi sorpresa cuando, al cabo de tres meses, Aurora me despertó a medianoche en el lecho que compartíamos y, con voz firme y serena, me dijo que hacía mucho tiempo que no se tomaba la píldora; me confirmó, en fin, después de insinuármelo, que estaba embarazada. Y, a continuación, sin darme tiempo a respirar, me lanzó una parrafada admonitoria. Me dijo que, con un hijo en común, ya podía ir replanteándome mi comportamiento, que si no lo hacía y no volvía a quererla, o al menos a intentarlo, no solo me desheredaría y me pondría de patitas en la calle, sino que, además, utilizaría a nuestro futuro hijo en común para sacarme todo el dinero. Yo, entonces, perdí los estribos: le dije que era una puta y una

cerda, la zarandeeé y la sembré de puñetazos. Pero ella consiguió escurrirse de mis brazos y, tras abandonar el lecho y sobrepasar la puerta de salida, huyó por el pasillo, despavorida y descalza. Turbada como estaba por el miedo, debió de tropezar con alguno de los peldaños de la escalera de caracol y caer por ella descontroladamente. Así me la encontré al pie de la escalera: los ojos abiertos e inexpressivos, el cuello roto, la nariz rebosante de sangre. Tembloroso, le cerré los ojos y la alcé en brazos. Unos brazos que la abandonaron tan pronto como los ojos de la muerta se abrieron de súbito, tan pronto como los labios de la muerta esbozaron una sonrisa maquiavélica, tan pronto como las cuerdas vocales de la muerta emitieron la siguiente sentencia: «Te has lucido, muchacho. Ahora, si me perdonas, voy a tomarme la infusión de hierbas, antes de que se me enfríe. Bernardino te acompañará a la salida». Y Aurora se levantó. Y Aurora se marchó por su propio pie.

Los jardines me escupieron al exterior. Ernesto, al verme, hizo sonar el claxon. Y yo —el gesto de la cara circunspecto, los hombros caídos y la mirada extraviada, llenas las manos de escarmiento— me acerqué a su utilitario. En las entrañas de la mansión, con toda seguridad, comenzó a brotar una oscura estatua de ojos asombrados.